

Comer

Luis Carlos Barragán Castro

S no era ciego, pero casi. A pesar de esto tenía un trabajo decente en una aseguradora. Era psicólogo y se dedicaba a reclutar a los nuevos empleados de la compañía. Normalmente todo era muy borroso, especialmente en las horas de la noche, cuando sus ojos no servían para casi nada. Unas semanas atrás S. entrevistó a Sonia Pérez Piedra y sintió que

por un momento podía ver un poco más que solo sombras. Sonia Pérez Piedra brillaba un poquito como los tubos de neón que están dejando de funcionar. Pero no solo afectó de esta manera a S. También enloqueció a su olfato: por primera vez S. se encontraba con una persona que olía tan fuertemente a comida. Como su vista era reducida, los entramados neuronales que procesaban la información olfativa eran mucho más potentes, capaces de identificar cada detalle en un perfume y, como escuchó una vez en la tele en un programa sobre perfumes finos, pudo identificar cuatro características del perfume de Sonia. Ácido, dulce, agrio y a limón. Al entrevistarla estuvo casi seguro de que acababa de llegar de un almuerzo abundante y su aliento todavía olía a burrito con salsa picante. Hablaron unos minutos. S. le preguntó por qué le interesaba el puesto en la aseguradora, ella dijo que había estudiado cocina y que le interesaba saber cómo estaban mezcladas la comida y la cultura. Dio ejemplos de culturas picantes, como la mexicana, y culturas terriblemente insípidas, como la colombiana, con sus personajes grises vestidos con gabanes hasta el cuello. Mencionó la relación entre la comida y las personas de la India y dijo que tal vez si uno los probaba, si uno era capaz de lamer la piel de un tipo de la India, descubriría el sabor aromático del masala y del curri. S. no entendió ni jota. El trabajo al que ella se presentaba era de secretaria, y estaba hablándole de comida.

S. (confundido): Está bien, le gusta la comida... pero ¿puede hacer reservaciones, cuadrar agendas, recibir llamadas y hacer informes?

Sonia (muy segura de sí misma): Claro que puedo.

S. (aliviado): ¡Contratada!

Desde que Sonia ingresó al trabajo el olor de la oficina cambió drásticamente. Primero olía a cebollas y ajos, luego a carne asada, unos días a ensalada de lechuga con tomate, otros muy especiales olía a tomate y orégano. S. no podía detallarla muy bien, pero cada vez que pasaba por su puesto, ella estaba mascando algo. El olor intenso de la comida inundaba sus fosas nasales. Si tenía hambre se derretía, si acababa de comer le daban ganas de vomitar, pero Sonia nunca pasaba desapercibida. Su sexo debía oler a medio pollo asado con papas fritas y sus axilas a sudado de carne con arroz y ensalada de los almuerzos de cuatro mil pesos en un Olímpica. A la luz del día, cuando S. se acercaba para pedirle algún dato, un teléfono o una dirección, le daba la sensación de que el uniforme que le habían entregado hacía poco estaba

manchado con distintas salsas, en la blusa, cerca de las tetas y en el pantalón, pero no podría asegurarlo, su ceguera se lo impedía.

Su jefe y los otros empleados y técnicos en salud ocupacional esperaban en los pasillos antes de entrar: comentaban la forma de vestir de Sonia Pérez Piedra, esa vieja chirosa chorreada, ¿por qué será que nunca se lava el uniforme? Pero S. no les ponía atención a los chismes y abría la puerta sin pensarlo ingresando a una atmósfera que tal vez olía a grasa y pan recién horneado. Allí, tras la recepción, Sonia estaba jugando marcianitos en el computador o revisando Facebook.

S. (como a quien no le importa): Señorita Sonia, ¿puede acompañarme a mi oficina?

Sonia (sorprendida): Claro, señor S.

Sonia entró en la oficina. Cerró la puerta, se sentó en el escritorio.

S.: Señorita Sonia, la llamé porque últimamente su olor... su olor es delicioso, señorita Sonia.

El señor S. se paró de su asiento. Se acercó a Sonia.

S. (enrojeciendo): Señorita Sonia, no puedo contenerme, cuando la veo me la quiero comer, sobre todo antes del almuerzo.

Sonia (asustada): Dios mío. Pero señor S...

El señor S. le metió las manos en la blusa a Sonia. La besuqueó. No sabía lo que estaba besuqueando, apenas podía ver. Sonia estaba petrificada. El señor S. tenía una erección. El olor a pan disminuyó, comenzó a sentirse un olor a fresas con crema con un poquito de sopa de pollo en sobre. El señor S. olía un poco a baguette. Tres minutos después, intentando no hacer ruido, Sonia estaba desnuda y el señor S. le metía el pene en la boca. Luego cambiaron de posición y el señor S. le hizo un cunnilingus. Su nariz estaba saturada del olor a pimienta y a tomates confitados, sentía un impulso y lo rechazaba, quería morderla, quería arrancarle un pedazo. Toda su cara estaba húmeda con salsa criolla. No podía morderla, no podía, no... Bueno. Crammmm.

Sonia (como una posesa): Ahhhhh, señor S.

El señor S. le arrancó los labios vaginales. En su boca se convirtieron en parte de un almuerzo con fríjoles y chicharrón. Masticó. A Sonia no le sangró la herida, en vez de eso salió de ella gruesa, espesa salsa de fríjoles refritos.

Sonia (con voz de porno de los 80's): Señor S., usted también debe saber rico.

Se movieron un poco, ella le agarró la verga erecta y le dio un enorme mordisco. En sus manos, el pene del señor S. se convirtió en un sándwich de Subway, le escurría salsa de cebolla dulce y olivos. Después de arrancar pedazos de lechuga, el señor S. ahogó un jadeo. Se revolcaron por el piso masticando y tragando. El señor S. se retorció. Sonia le quitó la camisa arrancando los botones. Todo el ambiente olía a restaurante de corrientazo mezclado con KFC. Sonia tragó el bocado y luego buscó el hombro del señor S. El hombro era un burrito de Taco Bell. Le metió los dientes, masticó. Era crujiente. El señor S. le metió lo que le quedaba de sándwich de Subway en lo que le quedaba a ella de almuerzo corriente con fríjoles. Forcejearon un poco, se les cayó el computador encima, haciendo saltar de sus espaldas un poco de guacamole. Sonia le arrancó una oreja rellena de manjar blanco al señor S. Él le metió el sándwich un poco más profundo. Le mordió uno de sus redondos pasteles de chocolate rellenos de helado de vainilla. El tapete de la oficina estaba completamente manchado de comida, en sus cuerpos de hamburguesa con mazorca y con pizza se mezcló el mugre de los tapetes: pelos, moronas, polvo, pero a ellos no les importó. Afuera de la oficina, todos miraban el espectáculo. Era salvaje y extraño. Cada mordisco descubría una receta nueva, cada penetración salpicaba salsas extravagantes, cada beso tenía condimentos impensados: paprika, orégano, queso camembert, albahaca, curri, bechamel, chantillí, salsina, tomillo, cúrcuma, merken y salsa soya. Sonia poseía todos los ingredientes de los almuerzos caseros, el espesor de la salsa a la boloñesa preparada por mamá, los burritos hechos en familia, los asados en el Parque de los Novios, el cocido boyacense en su máxima expresión. El señor S. estaba hecho de comida rápida: hamburguesas y pizzas caras, precocidas, importadas, caviar que le salía por el ano, ensaladas de fruta light que chorreaban su pecho. Pero por dentro el señor S. Estaba hecho de comida fina que solo se consigue en hoteles finos: Sus nalgas eran pudines de crema amarga y cerveza belga. Sus mejillas y cuello eran únicamente cortes de salmón ahumado en crema de mostaza francesa con camarones y olivos negros acompañado de una ensalada

marroquí con maní y vinagre balsámico de Módena. En su espalda el solomillo ardía en una reducción de sangre de toro, en el pecho hervía carpaccio en salsa de maracuyá con parmesano rayado. Cuando la relación se volvió más y más intensa, el medio sándwich de Subway del señor S. se contrajo junto a las dos albóndigas y eyaculó un vaso entero de vino tinto Malbec del 95 Famiglia Bianchi, mientras gritaba groserías, haciendo caer el teléfono de su escritorio por el cable, las fotos de sus hijos y de su esposa y el calendario deportivo, golpeando el suelo con los nudillos y con los pies mientras Sonia Pérez Piedra se contenía para no gritar más, mordiéndose su propio brazo, el cual en su boca se derretía para volverse un ajiaco con pollo, y se masticaba, detallando la textura arenosa de las papas.

Cuando el espectáculo terminó ya habían llamado a los paramédicos y a la policía. Los oficinistas, preocupadísimos y tapándose la boca, hicieron campo. Los paramédicos metieron las camillas y sacaron los cuerpos mutilados, cubiertos de sangre, del señor S. y de Sonia Pérez Piedra.